

que descubren el rostro transfigurado del Quijote, miradas perdidas que desvelan batallas interiores o miradas ensimismadas que traslucen la fuerza de la imaginación. En su libro de autor encontramos fuertes masas contrastadas, que, en palabras del autor, "revelan la tensión entre lo que Don Quijote piensa que es y lo que realmente es". Una obra largamente trabajada, fruto de la pasión solitaria de quien decide dedicar su esfuerzo a su obra sin entretenerse en otros vericuetos del arte, a mantener un diálogo fragmentado con algo tan intangible como el misterio.

Marcos Sánchez

Salamanca en el tiempo del Quijote

MIGUEL DE CERVANTES y Salamanca guardan una entrañable relación que pasa inevitablemente por su Universidad. En su fachada, que mira a la Plaza de Anaya, se mantiene desde hace tiempo una lápida con la evocación del *Licenciado Vidriera* (1613) –*Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado)*–. La *Cueva de Salamanca* (1615) recoge las andanzas del estudiante y pícaro Carralano, un ejemplo más de esa Universidad del Barroco, donde conviven el amo noble y el criado estudiante que le guarda sitio y le ayuda en otros menesteres. En fin, en *El Quijote* (1605, 1615), cuya primera parte se dedicó al Duque de Béjar, aparece Salamanca, aunque no se la nombre siempre, cada vez que se habla de estudios o bachilleres.

Las fases de bonanza o de dificultades no cambian con los monarcas o los siglos, pero será difícil quitar en Salamanca y en Castilla la imagen de decadencia asociada al siglo XVII y la de esplendor con la centuria que le precede, aunque importantes signos de crisis se hubieran hecho evidentes antes de que muriera Felipe II. Estas pocas páginas intentan aproximarnos a esa sociedad del tiempo del Quijote sometida a diversas mudanzas. Puede decirse que el balance demográfico, económico e incluso intelectual de los cambios de esos primeros lustros del siglo XVII, donde se desarrollan las principales obras de Cervantes, en poco ayudó a la prosperidad de estas tierras. Para corroborarlo acudiremos a diversas crónicas en diálogo con la principal obra de Cervantes.

Al año y medio de la publicación de *El Quijote* salía a la luz la *Historia de las Antigüedades de la Ciudad de Salamanca* de Gil González Dávila, ambos con el oportuno privilegio que desde Valladolid, donde se había trasladado la Corte en 1601, había efectuado el secretario real Juan de Amezqueta. González Dávila, canónigo de origen abulense, aspiraba a ser cronista de Felipe III -como ha estudiado B. Cuart (a quien seguimos para todo lo relativo a este personaje)- y dedica la obra al rey; como era de esperar, de lo que se trataba era de resaltar las excelencias de la ciudad salmantina. Aparte de esta coincidencia cronológica, escasas similitudes cabría esperar entre la que es considerada la primera novela moderna de la literatura universal y una historia local, la primera historia general de la ciudad publicada en la Edad Moderna. Sin embargo ninguna obra puede escapar al influjo de la época en la que nace y cada uno de los dos libros, con el estilo y filosofía que le son propios, se convierte en testigo de la *decadencia* de Castilla. Y el primer signo de la decadencia, fácil de precisar, fue el declive demográfico.

“Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y del hambre que sube de Andalucía” había escrito Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache* publicado en 1599; ésa es la fecha en la que la investigación de Vicente Pérez Moreda ha situado precisamente el punto álgido de la crisis general de mortalidad que afectó a un buen número de localidades salmantinas (Vitigudino, Retortillo, Lumbrales...) que vieron multiplicar, a veces por más de cinco, las defunciones de ese año respecto a las del primer decenio del siglo XVII. Con todo, esa peste castellana de fines del Quinientos no puede ser culpable principal del estancamiento demográfico. Como ocurrió en otros lugares de Castilla, el descalabro de la epidemia de 1597-1602 no hizo sino acentuar la tendencia al descenso que ya se vislumbraba años atrás. Bien lo ejemplifica la evolución de la población de la ciudad de Salamanca: el vecindario de 1561 contabilizó 4.936 vecinos que en 1598 ya eran unos 900 menos. El declive de la población continuó durante más de siglo y medio, pues cuando se llevó a cabo la encuesta del catastro de Ensenada hacia 1753 la ciudad no llegaba a los 3.800 vecinos.

La primera señal de la decadencia demográfica debe completarse con la disminución de la población activa o, más bien, con el crecimiento de los “vecinos inútiles”. El Censo de 1591 había registrado más de mil religiosos en la ciudad; eso quiere decir, aunque la estimación sea muy grosera, que uno de cada diez habitantes de Salamanca mayor de dieciséis años era religioso, todo ello sin contar criados y legos que atendían los servicios conventuales y, por supuesto, sin considerar al clero secular. No debe extrañarnos el peso de la población conventual; ya decía Don Quijote –quien arremete contra dos frailes benedictinos confundidos por encantadores después de la aventura de los molinos– que “es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros”.

González Dávila, que tenía que ensalzar las glorias de la ciudad, da cuenta indirectamente del considerable peso de esa población conventual en nuestra ciudad en 1601

Tiene de circuito [la ciudad de Salamanca] seis mill trescientos setenta y seis pasos, diez y siete plazas, ciento setenta y dos calles, cinco mil casas, veinte y ocho parroquias, veinte monasterios de frailes, catorze monasterios de mon[j]as, dos colegios de doncellas, catorze hermitas, seis hospitales, dos capillas y veinte y tres Colegios. Tiene muchos edificios fabricados con majestad y grandeza y muchos oficiales de todos oficios y artes.

Este importante número de instituciones siguió creciendo en el transcurso de la “crisis” del siglo XVII, de modo que a la relación de González Dávila hay que añadir en las dos

primeras décadas la fundación nada menos de cuatro colegios y ocho conventos más, a medida que instituciones o mayorazgos disponían de rentas para mantener a colegiales, frailes y monjas. Ante tal fiebre constructora viene a cuento recordar el juicio de A. Ponz cuando visitó la ciudad en el siglo siguiente: “Es cosa a mi parecer tan extraña el no disminuir las Iglesias Parroquiales a proporción que se disminuyen los feligreses...” Y falta hacer mención todavía al edificio suntuoso de la Compañía de Jesús, la Iglesia del Espíritu Santo, que hoy conocemos como la Clerecía, cuya primera piedra se puso en 1617, para cuya construcción fue preciso demoler alguna ermita y manzanas enteras de casas que daban cobijo a quinientos vecinos.

El cronista Fernando Araújo, quejoso de aquel afanoso empeño de llenar a Salamanca de conventos, escribió a fines del siglo XIX

La fiebre parecía ir en aumento y no es fácil saber hasta qué extremo hubiera llegado si el clamoreo general no hubiese obligado al Gobierno [en 1624] a dificultar el desarrollo de aquel mal que dejaba sin brazos la agricultura, la industria y el comercio tanto o más que la misma guerra, prohibiendo se fundasen nuevos conventos en Salamanca sin licencia expresa de S.M.

¿Cómo explicar esta paradoja de retroceso humano y florecimiento de instituciones religiosas? Hace casi medio siglo que Pierre Vilar recurrió a la obra de *El Quijote* para comprender los fundamentos sociales del irrealismo español. La ilusión nacida de las Indias y de la inflación choca con la realidad de la “crisis” a la vuelta del siglo. España tiene las Indias y es “las Indias de Europa”, España banquetea y muere de hambre, España guarda un imperio y carece de hombres... El esplendor castellano del siglo XVI –tierras, hombres, innovaciones técnicas– tropieza muy pronto en la meseta con la ley de rendimientos decrecientes y con una muy desigual distribución de la renta. Quien puede ahorrar, no tiene estímulo para la inversión, no sólo porque la sociedad sea mezquina con los valores calvinistas, sino también porque la presión fiscal penaliza la actividad económica.

El ocio, la sopa boba de los conventos o “servir a un amo” resultan más productivos que “ejercer un oficio”. A diferencia de lo que ocurre en otras regiones periféricas, en la Castilla del XVII se produce un traspaso de la población activa hacia el sector no productivo. Las industrias de una Castilla urbana no pueden resistir el diferencial de precios con los productos extranjeros y decaen por la falta de tradición y calidad de nuestros productos artesanos; las ciudades del interior se despueblan y Castilla se ruraliza; por ejemplo, Ávila pasa de

13.000 habitantes en 1572 a 5.400 en 1632 y la fabril Segovia cuenta a mediados del siglo XVIII con poco más de la mitad de habitantes que tenía a fines del siglo XVI. Como alternativa, los conventos de Salamanca proporcionan techo y comida no sólo a los salmantinos sino a los que vienen de otras provincias, hasta el punto de tener que rechazar solicitudes ilustres. Es lo que ocurrió en el Convento de Santa Clara con Doña Susana de Solís, que a pesar de disponer de dote, solicitaba entrar como lega; la razón que se le dio fue que estaba completo el número de “las que acuden a la cocina y más servicio del convento” (C.I. López Benito).

La Biblioteca Universitaria conserva un manuscrito contemporáneo de *El Quijote* [Respuesta de la tierra de la ciudad de Salamanca a la cédula de los Sres. del Consejo de su Magd. sobre la agricultura, 7 de marzo de 1605] que es la antítesis de la *Historia* de González Dávila; en vez de una Salamanca fértil con abundancia de todos los frutos se nos habla de una tierra pobre y de “lugares de poco aprovechamiento”; se recoge la queja de las grandes cargas que tienen los labradores de pechos, alcabalas y millones y se solicita que no se pueda encarcelar al labrador por deudas para que no se desanimen de la labranza¹. Con la industria en decadencia, la agricultura se había convertido en tabla de salvación codiciada por señores y el fisco real; víctima de tanta codicia, la tabla no tardaría en zozobrar (J. Nadal).

A medida que iba perdiéndose la confianza en el beneficio de las tierras, del ganado o de la industria, iba creciendo el parasitismo social; otros preferían soñar con el espejismo de las Indias que criticarían arbitristas como González Cellorigo en *Memorial de la política necesaria y útil restauración de España y estados de ella, y desempeño universal de estos reinos* (1600)

No parece sino que se han querido reducir estos reynos a una república de hombres encantados que vivan fuera del orden natural

Desvinculada de la realidad –dice P. Vilar– la España de 1600 prefiere soñar. A este “hombre encantado que vive fuera del orden natural”; Cervantes va a darle en 1605 un nombre inmortal y en ese encantamiento participa también el escudero a quien se le ha prometido hace tiempo la engañifa de una ínsula. Es lo que espetó el ama de Don Quijote a Sancho

Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pejugares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos”
(...)

Y luego comentó el barbero:

No me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

En la divisoria entre la edición de la primera y la segunda parte de *El Quijote* tuvo lugar la expulsión de los moriscos. Como ha explicado Martín de Riquer, la segunda parte es un libro comprometido que plantea problemas nacionales importantísimos en torno al problema de la expulsión que tenía dividida a la opinión española: unos eran partidarios y otros no. Cervantes estaba en contra, pero presenta el dolor que causó: La novela cambia totalmente; de una novela desgajada del tiempo se pasa a otra que se sitúa en 1615, fecha de la segunda parte, que da cuenta de la existencia de los bandoleros o de los moriscos.

Desde la revuelta de 1568-70 en Granada se había ido acentuando la sensación de peligro que aquellos conversos podían suponer para la mayoría cristiana. En general, esa incómoda minoría de 300.000 conversos aproximadamente, se dedicaba a oficios como el de herreros, carpinteros, sastres, arrieros, predominando también la ocupación de hortelanos. “¿Cómo y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces a tu vecino Ricote, el morisco, tendero de tu lugar?”. Según apunta B. Vincent, el gentilicio de la familia Ricote (originaria de Murcia) tampoco resulta inocente, añadiendo una dosis adicional de simpatía hacia la causa morisca.

El impacto en Salamanca de la expulsión de los moriscos, los cristianos nuevos, tenía que ser mucho menor que en el reino de Valencia que perdió más de la cuarta parte de la población o que en Aragón, cuyas pérdidas ascendieron a casi una quinta parte. El 4 de agosto de 1610 se pregonó la orden de expulsión en Salamanca, aunque no llegarían a marcharse hasta la primavera del año siguiente. González Dávila, que en 1617 lograría al fin el nombramiento de cronista real, alude casi de pasada en su *Theatro Eclesiástico* de 1618 a la expulsión con la excusa de haber hablado de los moriscos abulenses en otro lugar: “En 1611 salieron expelidos de esta ciudad y su tierra 942 moriscos: ya dixen assaz de la expulsión de esta gente en el teatro de la ciudad de Avila”; y poco después en otro escrito se referirá a la “gallarda resolución de nuestro rey con que se determinó a echar de sus reynos [a] los moriscos, sin detenerle los grandes tributos que con ellos perdió”.

¹ BUS. Ms. nº 2.283, fol. 126-131. Los millones eran un impuesto creado por Felipe II en 1591 para seguir manteniendo la hegemonía de la política exterior castellana después del desastre de la Armada Invencible.

Este juicio continuó en historiadores posteriores. Bernardo Dorado en su *Compendio Histórico de la ciudad de Salamanca* de 1776 apuntó que los moriscos “se hallaron teñidos con el feo borrón de ser sectarios del falso Profeta Mahoma”, y el historiador oficial de la provincia, Villar y Macías, justificaba a fines del XIX su expulsión por ser elemento de perturbación en caso de que hubieran sido auxiliados por sus correligionarios de África y Turquía; se hacía eco así del pretexto oficial de Felipe III. Más crítico fue Araújo:

Y como si esto no fuera suficiente, llega el impolítico decreto de la expulsión de los moriscos á sumir en mayor conflicto á la Ciudad: 500 industriosas familias la abandonan y paralizan con su marcha numerosos telares y hornos de alfarería, y después se desahucian los barrios de San Cristóbal y San Mateo, y el fanático pueblo, en su estúpida ignorancia, no contento con insultar á los desgraciados expulsos, derriba sus casas y hace pedazos las reliquias de su laboriosidad, y demuele sus hornos, y tapia la entrada de los desiertos barrios, sin duda para no sentir la vergüenza de su holgazanería y poderse entregar, sin acusadores remordimientos, á engullir la sopa conventual, á darse en repugnante espectáculo en las procesiones de disciplinantes y á desgañitarse pidiendo toros con cualquier motivo.

Este retrato de una ciudad indisciplinada sería aún más negativo si se traen a colación los desmanes estudiantiles de 1612 y años siguientes que acabaron ensangrentando las calles de Salamanca; en consecuencia, la imagen resultante casa mal con la opinión del cronista González Dávila cuando afirma que “esta ciudad ha venido a ser la cumbre y reyna de todas las ciudades de España y universidades del mundo”. En realidad, si *decadencia* y *crisis* son términos sujetos a revisión para caracterizar un siglo, hay que aceptarlos cuando nos referimos al Estudio salmantino y no sólo porque la matrícula de unos 5.000 estudiantes de principios de siglo se contrajera a más de la mitad en el último cuarto de siglo. Los conventos tienden a desatenderse de las lecciones y “disgregarse peligrosamente del cuerpo universitario impartiendo clases de Artes y Teología en sus propias residencias y colegios”, se conceden cátedras vitalicias a determinadas órdenes y los propios estudiantes se desatienden de las aulas. El croquis de los conventos y colegios a fines del siglo XVI ayuda a percibir la densidad de estas instituciones asociadas con la Universidad a fines del siglo XVI.

Pese a todo, la Universidad de Salamanca mantuvo la imagen de ser la más afamada e influyente universidad de España. Y Cervantes reflejó ese estereotipo más de una vez. Del famoso pastor estudiante Grisóstomo, que había asombrado por sus conocimientos en



Fuente: *La Universidad de Salamanca*, Tomo I. Historia y proyecciones, Salamanca 1989, p. 121

Astronomía², nos dice en el capítulo XII que era “hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído”. También en el capítulo XXIX deja constancia que para estudiar era preciso “tomar” el viaje de Salamanca. Pero es en la segunda parte donde da cuenta de ese imaginario colectivo, como ha explicado L.E. Rodríguez-San Pedro, que hacía de los estudios jurídicos o teológicos de Salamanca una llave para promocionarse en la administración civil y religiosa. Ante la cortesía y discreción mostradas por El Quijote y Sancho, comenta admirado el labrador

² La Cátedra de Astrología, fundada hacia la mitad del siglo XV, había llegado a ser una de las más importantes de la Universidad, tanto por los profesores que en ella enseñaron, como por los textos que en ella se escribieron, afirma Cirilo Flórez.

Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de corte. Que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza

Desde la historia del pensamiento, la Salamanca universitaria del tiempo del Quijote resulta menos atractiva que la de medio siglo atrás. El protagonismo científico del que se hizo eco Cervantes en el relato del estudiante Crisóstomo y en otros pasajes, pasó a otras latitudes, las que acogerían la revolución científica del siglo XVII. Por otra parte, la “Escuela de Salamanca” de singular relieve en derecho internacional y en la exploración de un análisis económico, que no hurtaba la ética, había ido perdiendo impulso creador. La tendencia fue hacia una imposición de un aristotelismo-tomismo más rígido y aunque la propia competencia entre las órdenes religiosas podía favorecer, en teoría, cierta libertad de cátedra en Salamanca, debió de quedar ahogada tal libertad por el espíritu de la Contrarreforma. Cuando hacia 1770 Carlos III pretendía reformar las universidades españolas, la mayor resistencia la encontrará en el Estudio salmantino.

No sabemos hasta dónde llegaba el desvarío de Don Quijote o, si como dice Saramago, lo que hacía era fingir que estaba loco. Gracias a esa genial simulación de Cervantes, el bueno de Alonso Quijano, convertido en Don Quijote, consiguió abrir la puerta que todavía le estaba faltando, la puerta de la libertad. Esta interpretación es bastante discordante con las ideas generalmente recibidas, pero lo cierto es que a la vista del retroceso ocurrido en la Universidad por la sujeción a la “atmósfera católica contrarreformista” no queda más remedio que darle la razón a Alonso Quijano

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

Referencias bibliográficas

- F. Araújo: *La Reina del Tormes. Guía histórico descriptiva de la ciudad de Salamanca*. Salamanca, Caja de Ahorros y M. P. de Salamanca, 1987. Primera edición 1884.
- B. Cuart: “Las primeras historias de la ciudad de Salamanca” en A. Rodríguez, coord. y J-L. Martín, dir.: *Historia de Salamanca. III. Edad Moderna*. Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca, 1999.

- A. Díaz Medina: “Estructura demográfica y socio-profesional de Salamanca en 1561”. *Provincia de Salamanca. Revista de Estudios*, nº 4 (1982), pág. 69-99.
- M. Fernández Álvarez: *La Salamanca de Fray Luis. Discurso de ingreso*. Centro de Estudios Salmantinos, 1993.
- C. Flórez Miguel: “Las artes mecánicas en la época de Cervantes”. *La Ciencia y la Técnica en la época de Cervantes*. Exposición bibliográfica. Salamanca, Ediciones Universidad, 2005-
- A. García Sanz: “El contexto económico del pensamiento escolástico: el florecimiento del capital mercantil en la España del siglo XVI”, F. Gómez Camacho y R. Robledo, eds. *El pensamiento económico en la Escuela de Salamanca*. Salamanca, Ediciones Universidad y Fundación Duques de Soria, 1998.
- G. González Dávila: *Historia de las Antigüedades de la Ciudad de Salamanca*. Estudio introductorio y notas, Baltasar Cuart Moner. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca: Ediciones Diputación de Salamanca, 1994.
- A. Marcos Martín: *España en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Martín de Riquer, “Conversaciones, por L. Gomis” en *El Ciervo* (nº 630).
- J. Nadal: “La población española durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Un balance a escala regional”. V. Pérez Moreda, y D.S. Reher, eds.: *Demografía histórica en España*. Madrid, El Arquero, 1988.
- V. Pérez Moreda: *Las crisis de mortalidad en la España interior, siglos XVI-XIX*. Madrid, Siglo XXI, 1980.
- L.E. Rodríguez-San Pedro: “Universidad de la Monarquía Católica, 1555-1700” en *Historia de la Universidad de Salamanca*. Tomo I. *Trayectoria y vinculaciones*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pág. 97-146. “Vida estudiantil cotidiana en la edad moderna”. Tomo II, *Estructuras y flujos*, (2004), pág. 665-690.
- J. Saramago: “La falsa locura de Alonso Quijano”. *El País*, 22 abril 2005.
- P. Vilar: “El tiempo del ‘Quijote’ ” [1956]. *Crecimiento y Desarrollo. Economía e Historia. Reflexiones sobre el caso español*. Barcelona, Ariel, 1964, pág. 431-448.
- B. Vincent: “La sociedad española en la época del Quijote”. A. Feros, J. Gelabert (dirs.), *España en tiempos del Quijote*. Madrid, Taurus, 2004.
- M. Villar y Macías: *Historia de Salamanca*. Salamanca, Librería Cervantes, 1974. Primera edición 1887.

Ricardo Robledo
Universidad de Salamanca